

Hace 36 años

# EL TERRIBLE TEREMOTO QUE DESTRUYO MANAGUA EN 1931

## Patética descripción de la catástrofe

**APOLONIO PALAZIO**

Escritor y Periodista.

(Martes Santo 1931). — Las 10 y 22 minutos de la mañana

La ciudad comenzó a moverse desde sus cimientos (retumbos) por un ligero sacudimiento que con inesperada rapidez, se hizo violento, fuerte, indescriptible. Corcovea la tierra como si todas las casas que tiene encima fueran un estorbo que quisiera arrojar.

La gente toda ha visto la muerte cara a cara. Algunos han podido escapar de ella; pero no han olvidado, ni olvidarán por mucho tiempo su trágica silueta. Otros, centenares, perecieron de distintas maneras, como si la naturaleza al hacer tantas víctimas, hubiera obrado impulsada por un siniestro propósito de ruina y destrucción

¿Horror? No ¿Pavor? No. Hay que buscar en el idioma, en todos los idiomas la palabra que pueda resumir estos momentos de angustia, de dolor, de incertidumbre, en los que nadie sabe si está a salvo, ni tiene conciencia de estar vivo, ni puede imaginar lo que ha pasado, lo que está pasando. Esa palabra no existe

Se ha dislocado el corazón de Managua, que es el corazón mismo de la República. Una inmensa nube de polvo, durante varios minutos, rodea todo. Polvo de siglos acumulado en los edificios, polvo de las calles levantado por el viento y en gran parte producido por las casas al caer. Las gentes corren enloquecidas, sonámbulas, atropellándose unas con otras, cayendo aquí y allá, unas para levantarse de nuevo, otras para no levantarse más.

Perforando la espesa nube de polvo, hermanando todas las almas, con un dejo de dolor, de espanto, de plegarias en todos los idiomas, el grito colectivo se ha dejado oír. ¿Hay Dios? Pues ese grito de todas las edades —del niño, del adulto, del anciano— ha subido hasta él

Se va disipando la "niebla". Ya puede apreciarse algo de la catástrofe. La ciudad está en el suelo y muchos sobrevivientes de rodillas, pidiendo lo que no ha habido: misericordia

Pasan por las avenidas carruajes encendidos, sin conductores, tirados por caballos despavoridos que quizá momentos antes no tenían voluntad para andar y que ahora, sacando fuerzas de toda su flaqueza, corren, corren, sin saber a donde van, hasta que logren romper los arneses o que alguien compadecido los liberte. Automóviles igualmente ardiendo, que se estrellan contra las ruinas de cualquier edificio. Personas que fin-

gen correr, como en una pesadilla, y que no pasan del mismo lugar, cual si llevaran en los pies arrobos de plomo, en un cansancio de muerte.

Las tejas de barro continúan chorreándose e hiriendo a muchos. Siguen cayendo edificios que el primer sacudimiento dejó mal parados. Hay que caminar con precauciones. No es poco el número de gente que ha muerto después por no precaverse de este nuevo peligro.

Una columna de humo negro, con sordas e intermitentes explosiones, se levanta por los Mercados, en el centro de la ciudad, en pleno radio comercial. Se está desarrollando un pavoroso incendio. El terremoto no ha venido solo. Le sigue el fuego que ha de destruir lo que hubiera podido salvarse de las ruinas. Después vendrán calamidades: pillaje, hambre, enfermedades— con mucha razón se dijo: "Bien vengas mal, si vienes solo".

La ciudad está ardiendo. Por varios lados. Explosiones en las farmacias, en los laboratorios. Algún circuito en los alambres de la fuerza eléctrica, los fuegos de las cocinas, pueden haber sido las causas. Esto viene a aumentar la confusión y el pánico. Los que huyeron por un lado vuelven en sentido contrario y siguen dando rodeos. ¿A dónde ir? Otros salen huyendo a los montes, a otras poblaciones sin volver la vista hacia el siniestro. Ya son muy raros quienes piensan en salvar algo de sus casas. Varias personas, que lo han intentado, estimuladas por otras que salieron bien, han perecido. Las ruinas, los edificios desplomados, no prestan seguridades. Siguen buscando mejor acomodo las primeras causando con sus movimientos la caída de los segundos. Por manera que la impresión general del momento es abandonarlo todo, renunciar a salvar nada.

Nadie cree que el terremoto se haya localizado en Managua. Juzgan destruidas las primeras poblaciones de Nicaragua, y esto aumenta la ansiedad de la gran mayoría de los sobrevivientes, ya que a la capital fluye gente de todas partes en busca de mejores medios de vida, dejando a sus familias en otros domicilios.

Todo el estrecho espacio que se ha quedado en las calles está ocupado por la gente que sale. Los semblantes son el más fiel retrato del ánimo. Polvo, sudor, lágrimas y sangre desfigurán a las personas. Aún no es tiempo de sentir las heridas del cuerpo. Hay otras heridas, más hondas, que absorben todo el sentimiento humano.

Las familias pasan revistas de sus miembros. Se palpan unos a otros, para cerciorarse de que existen, al

encontrarse. ¿Y los que faltan? Como ésta hay otras interrogaciones que se abren igual que abismos.

Un viento huracanado sopla. No tiene dirección fija. Unas veces empuja al Norte, otras al Sur. Ora se arremolina como una tromba, mezclando en una sola nube el polvo de las calles y el humo del incendio. No cabe duda. "Esta es, por lo menos, una sucursal del infierno", ha exclamado un español que va descalzo y con varias heridas en la cabeza.

Los fugitivos no llevan rumbo cierto. Parecen encerrados dentro de un círculo de fuego. Se limitan en su mayor parte y por largo rato, a ambular de aquí a allá y a desandar lo que han dejado atrás en su carrera. No tienen voluntad o han perdido la erectibilidad de la misma. Tampoco puede saberse nada definitivo. Comienzan a circular noticias muy alarmantes. Se hacen al vuelo cálculos tremendos: como decir mil muertos. Números redondos. No es para menos la catástrofe.

### TRIBUTO DE SANGRE Y LAGRIMAS

Ha comenzado lo que llaman obra de salvamento. Algunos espíritus han logrado serenarse. Hay comerciantes haciendo esfuerzos inapreciables para salvar algo, siquiera documentos, libros, dinero. Unos lo consiguen, otros tienen que contentarse con poco y la mayor parte con haber salido con sólo una cosa: la vida. El incendio continúa voraz, aterrador. No hay remedio: Managua quedará en cenizas.

Ya se ven grupos de gente que extrae cadáveres y heridos de las ruinas antes que llegue el fuego. No hay control. Los camiones o ambulancias se llenan de esta lacerante carga humana. Unos a los hospitales improvisados, al Campo de Marte, los otros al cementerio. La confusión del momento, lo inesperado del desastre, hacen que todo, al principio, marche en desorden. Se necesita ser lo más rápido posible. Los cadáveres son arrojados como cualquier cosa, como un durmiente, por ejemplo. Se forman cerros, hileras, sangrantes, multicolores por la variedad de las telas que llevan los despojos. No bastan los sepultureros, que no son pocos: cien, doscientos, trescientos, cuatrocientos en los fosos.

Faltan, faltan muchos más y en una misma sepultura, a un mismo nivel, en la misma tierra, se confunden ricos y pobres, hombres y mujeres, niños y ancianos. La muerte ha puesto harem en Managua. El cementerio sigue hambriento de cadáveres y los camiones y ambulancias no cesan de transportar su "carga", manchando, al pasar, con regueros de sangre, el pavimento de las calles.

En los Mercados el fuego no ha permitido salvar a los golpeados, en su mayor parte. Estos han tenido que quemarse vivos. Una persona, con un brazo prensado entre trozos de madera o bloques de calicanto, cualquier otro estorbo, los ha detenido y tuvieron que ver llegar la llama que los consumió. Menos mal que no fue a fuego lento, pues el incendio a causa del viento, pasaba veloz. A esa hora los Mercados eran un solo lamento que fue extinguiéndose con el fuego, a medida que las llamas acababan con el último aliento de vida de las víctimas.

Muchos cadáveres salen incompletos. Otros totalmente molidos, resquebrajados. Se ven cráneos vacíos, abiertos en mitades. De toda clase. Las cabezas de

los niños aplastadas, hechas una torta, sin otra forma apreciable. Individuos vivos que muestran casi todos los huesos fracturados y que al ser levantados parecen seres inarticulados, o muñecos de trapo. ¿Dónde, en qué resquicio del cuerpo destrozado ha quedado ese hálito de vida en lucha con la muerte?

Los zapadores no paran mientes en nada de esto. Al principio se horrorizaban, después se fueron acostumbRANDO. Con la mayor naturalidad echaban en los camiones los "desperdicios" humanos: brazos, piernas, cabezas, manos, pies... Todo. En las ruinas de los edificios se hallan cuadros horribles. Gente sepultada hasta los hombros; cuerpos exprimidos, hechos una pasta, entre viga y viga y piedra y piedra, en las aceras, o sobre el pavimento de las vías. Gran cantidad de estos despojos es recogida con palas, rapando bien el lugar donde son encontrados.

No se anda mucho sin escuchar un lamento de entre estas ruinas. Los transeúntes se detienen y extraen víctimas y más víctimas sobrevivientes y maltrechas. La ansiedad, la agonía de éstos no tenía límites al oír el eco del incendio. ¡El terror de quemarse vivo!

En los sitios más concurridos la mortandad es, naturalmente, mayor. Han muerto casi todos los lustradores que se situaban cerca de los Mercados. Ellos, que dondequiera sobresalen por su audacia, por su vivacidad, no tuvieron tiempo de huir. Han quedado bajo las paredes, sin exhalar ni un gemido. En los Mercados son varios centenares los muertos. Se salvó la gente que estaba dentro, pereció la que ocupaba los apartamentos exteriores y la que cruzaba en esos momentos tales lugares. Los vivos para salir lo hicieron pasando sobre los cuerpos aun calientes de los muertos y lastimando a los heridos que clamaban en vano para que los sacaran antes de que llegaran las llamas.

Bueyes y caballos, unidos a sus respectivos vehículos, han perecido también. Los grandes ojos de los pobres animales, lacrimosos y tristes, como que dirigen una turbia y perenne mirada al infinito. No pudieron correr: les cayó encima una pared, un pilar, algo parecido y murieron. Nadie hace caso de sus cadáveres. Se prefiere a los de la gente. Tendrán que hincharse, que reventar y hasta que el hedor sea insoportable los arrastrarán, escombros por moscas domésticas, zopilotes y perros hambrientos.

¿De qué llora esa madre en media calle, a grito partido, sin miedo a nada? Busca a su hijo, a su pequeño hijo que no estaba en casa, que probablemente andaba en los Mercados, o en cualquier parte, y no aparece. ¿Lo buscará en vano? ¡Tanto chiquillo muerto! Se ha visto a estas abnegadas mujeres, remover los montones de cadáveres, examinándolos uno por uno, tratando de encontrar siquiera el horrible convencimiento de que ha perecido el ser querido que buscan.

Esta pierna, esta mano parecen de él. Aquella cabeza quizá sea la suya. El espíritu de esa gente se aferra a cualquier esperanza, por débil que sea, pero la inquietud crece más a cada momento y contagia a todas las almas.

El día se ha sentido largo, febril. Por fin se acerca la noche. Son las últimas horas de la tarde. La ciudad sigue ardiendo por varios puntos. Ya hay noticias concretas de la catástrofe. Se mencionan nombres de muertos y heridos. Cronistas de los diarios de Managua curiosos, investigan, anotan. Algún día habrá periódicos. Quizá se salve alguno de los de la capital

y entonces se hará información. De los diarios ya están en cenizas los talleres de "La Noticia" y sus oficinas.

La Penitenciaría ha caído a la redonda, de un solo golpe. Las enormes piedras del pesado edificio se encargaron de liquidar muchas cuentas pendientes de la justicia humana. Allí han muerto no sólo presidiarios. Al extraerse los cadáveres se han hallado también de guardias nacionales y oficiales americanos al servicio de dicha institución. Un condenado a muerte —criminal empedernido, originario de Granada, José Angel Menocal— pereció. Otros se salvaron milagrosamente. En su mayoría optaron por no huir y las autoridades de policía los recogieron pronto.

Han decretado la Ley Marcial. "Escrita en español y aplicada en inglés americano", ha dicho el Senador Cuadra Pasos. Las circunstancias lo exigen. Ha habido ya las primeras manifestaciones de pillaje. De otras poblaciones y aun de las barriadas de la ciudad, se han visto llegar grupos de hombres. Estos se introducen a las casas en ruinas y deshabitadas y se apropian de lo que les parece, cargando con ello en presencia de todos. En la mañana un individuo encuentra arrodillado frente a la capilla de San Antonio, a un hombre de negocios —don Agustín Cerna— y acercándosele cautelosamente le suelta un improperio y le asesta en la cara una puñalada que días después le ocasiona la muerte. La Guardia Nacional es impotente. Hace más de lo que está a su alcance por evitar robos y desórdenes, pero no puede conseguirlo. La marina americana ha comenzado a cooperar desarmando a todo el mundo y cerrando el paso un poco más allá de la zona del incendio.

El Hospital General ha sufrido daños muy serios. El terremoto ha dejado en pie solamente la parte recién construida del edificio. La sala de tuberculosos quedó con sólo unas pocas descascaduras y los aislados en ella han salido corriendo. Jadeantes con sus camisones blanco-sucios punteados de esputo sanguinolentos, pomulosos, con los ojos hundidos y afiebrados, semejaban una procesión de esqueletos impulsados a golpes de tos. ¡Cuántos de ellos, antes de la catástrofe, deseaban morir y ahora van huyendo de la muerte!

Pero el cataclismo ha respetado en el Hospital a la sala infantil. Todos los niños han quedado sanos. Las madres los han tomado en sus brazos y han huido con

ellos, aun los que acaban de darlos a luz. Las caminatas, blancas como el alma de los seres que allí estaban, han quedado vacías y el departamento silencioso.

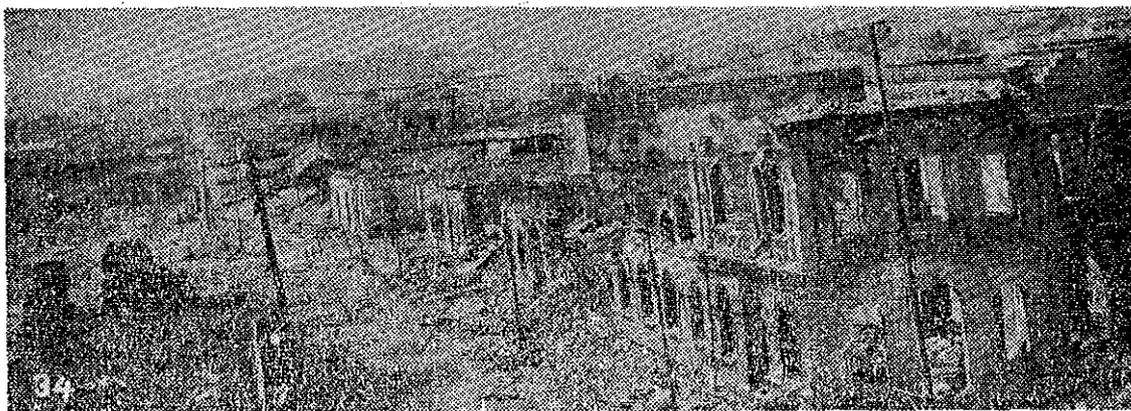
Una de las hermanas regentes del Hospital ha muerto bajo una pesada viga del edificio.

Era bella, espiritual, dulce. Los enfermos sobrevivientes la lloraron. Las compañeras de ella se multiplican, sin reparar en el peligro que las rodea, atendiendo a cuantos pueden. Fieles al cumplimiento de su deber, no han querido salir hasta que se salve el último de los hospitalizados. De algunos de los apartamentos de la parte derruida, salen gemidos y lamentos. Hombres y mujeres remueven tierra y madera. Van saliendo fuera, uno por uno, tantos infelices. Son incontables las personas que buscan a sus deudos, acasa sepultados en las ruinas. La proximidad de la noche aumenta inquietudes y angustias. Se ha trabajado con tanta actividad que al anoecer ya restan muy pocos heridos por transportar. Pero los muertos son incontables y harto difícil de localizar. El mal olor de los cadáveres guiará enseguida a los zapadores.

Al incendiarse los Mercados han sucedido escenas indescriptibles: de heroísmo, de dolor, de resignación. "La Noticia", al reaparecer después de la catástrofe, relata lo siguiente:

"En un portón del Mercado viejo fue aprisionada por pesadas piedras una agraciada muchacha del pueblo. Conversaba antes del terremoto con un valeroso anciano. Al caer el portón y viendo su estado, el anciano quiso salvarla. Fue quitando poco a poco las piedras, pero el fuego avanzaba y no pudo completar la obra. La muchacha comprendió que no había remedio. Las llamas envolvían al pobre viejo que, encorvado sobre las piedras, gastaba sus últimas fuerzas. "Dios se lo pague, señor —dijo al anciano con serenidad—; pero váyase. No es posible y Ud debe salvarse". El héroe —casi quemándose— la abandonó y cubriéndose la cara con las manos, fue a caer casi muerto dos cuadras al Sur

"Otras personas que se consideraban perdidas y que veían que iban a morir entre lenguas de fuego, suplicaban que las ultimaran de un tiro, pero nadie, ni civiles ni militares, quiso hacerlo. Sólo un caso hubo en que un marino americano, compadecido de un hombre que agonizaba en semejante tormento, le dió la muerte, profundamente conmovido. Era preferible".



El Palacio Nacional después del terremoto, mirando hacia el sur, se ve la Loma de Tiscapa.